

ESQUIMALES EN NEW YORK

Diego de la Fuente Alcocer

Sobre el asfalto parecían haber desaparecido para siempre las huellas del invierno. La nieve en los tejados se había rendido al sol y goteaba por los canalones, como el herido que se desangra poco a poco. No tardará en morir, barruntaban las amas de casa, sádicas y frioleras, mientras por la ventana, podían verse colonias de golondrinas en busca de un hueco donde amontonar sus bolitas de barro. Vendedores de días buenos, criadores de moscas, hacedores de sombra, todos llevaban esperando este momento desde hace seis meses, y ahora dejaban escapar esa risita de hiena que oculta la avaricia habitual de la casi extinta clase media.

En los ascensores, en las corralas de vecinos, en los momentos incómodos de las citas a ciegas no se hablaba de otra cosa que no fuera la marcha del invierno, luego las conversaciones volvían a fluir con la intensidad adecuada derivando en temas más específicos como el fútbol, la política o la economía del país. Y nadie parecía entristecerse, nadie excepto los esquimales afincados en la ciudad, que como buenos amantes del frío salieron en grupo a despedirse de su estación favorita.

Te echaremos de menos, decían en una lengua incomprensible, y al caer la tarde, subieron juntos a la azotea de un rascacielos para contemplar el horizonte porque desde la calle, todos los horizontes eran demasiado verticales para sus ojos rasgados; cuando anocheció y todo enmudeció un poco, se echaron a llorar y así

estuvieron un rato, luego cantaron canciones que les habían enseñado sus antepasados, canciones de amor bajo cero y de cazadores de bestias que cazaban hombres; y como eran esquimales, aquella noche durmieron al raso, en la azotea, entre antenas parabólicas y aparatos de aire acondicionado, sin importarles los dos o tres grados de temperatura que se precipitarían sobre ellos.

Al amanecer, un sol rojizo y picante los despertó, y todavía dormidos, desde lo más alto, se asomaron a un mundo en primavera donde las golondrinas construían nidos adosados y los hombres sonreían felices porque las mujeres se paseaban con vestidos de lino; un mundo de farmacéuticos que vendían antihistamínicos en oferta y donde las hierbas silvestres, desafiando a la ciudad, brotaban entre las grietas abiertas en el cemento; en resumen, un mundo obscuro y desagradecido al que nunca pertenecerían, y quizá por esta razón dejaron de mirar hacia abajo y estuvieron toda la mañana mirando hacia arriba, hacia el cielo, donde las nubes, como los sueños, podían adquirir la forma de un iglú o de un oso polar o de todo aquello que no pudieron traerse en la maleta.